

Elias Canetti

(a un año de su muerte)

Héctor Orestes Aguilar

N

o sin sorpresa puede leerse en una "Introducción a una lectura de Elias Canetti" debida a Hermann Broch, que éste presentaba a Canetti como un *Spaniole* y le atribuía como lengua materna el español, sin dejar de reconocerlo como un poeta alemán —de expresión alemana, se entiende— a carta cabal. El documento, que yacía sin fechar en el archivo privado de Canetti en Londres, ha sido incluido en el primer volumen de los *Escritos sobre literatura* de Broch, publicado por la editorial alemana Suhrkamp en 1975. El inusual dato que referimos, la densidad de la exposición y otros indicios que Broch va dejando caer en su escrito dan cuenta que la lectura debió haber sido sostenida a principios de los años treinta ante un público casi secreto, grupo de iniciados a quienes pudo haberles interesado simultáneamente la psicología de las masas y la literatura; un público en su temprana madurez, como el propio Canetti en aquellos días, con origen multicultural e intereses plurales. Un público que experimentó radicalmente un estado de ánimo crepuscular, un gran vacío espiritual, y que luego de la quiebra de la República de Weimar en Alemania y del orden socialdemócrata en Austria prácticamente se extinguió.

Para alcanzar la exitosa recepción que lo llevó a obtener el Premio Nobel de Literatura debieron pasar casi cinco decenios en la vida de Elias Canetti. Medio siglo en que la memoria del gran conglomerado cultural del imperio austrohúngaro —que a diferencia de países, hombres e instituciones no desaparece— se robusteció hasta hacer imprescindible una revaloración histórica que colocara en su justa dimensión el papel decisivo de las

culturas centroeuropeas en el origen de la modernidad occidental. Durante todo ese tiempo, autores como Canetti dejaron de ser propiedad secreta de germanistas e historiadores literarios para transformarse en depositarios simbólicos de una herencia que parecía irreparablemente destinada al olvido. Si algo se premió con el reconocimiento de la Academia Sueca a los libros de Canetti fue precisamente lo contrario: la beligerancia de su obra radica en la poderosa capacidad de interpelar a las lectoras y lectores contemporáneos con el mismo entusiasmo con el que Broch invitaba a un reducido auditorio de intelectuales y académicos a escucharlo.

Junto con las novelas de Joseph Roth y los libros de memorias de Stefan Zweig, el ciclo autobiográfico y la obra narrativa de Canetti son sin duda la vía de entrada más accesible a ese ente inasible llamado "cultura austriaca de fin de siglo". Como Roth, Canetti no era vienés; su distancia y capacidad de sorpresa respecto a la vida, la cultura, los episodios íntimos de la capital danubiana nos tocan de cerca porque él, como cualquier hombre de nuestros días, estaba situado de repente frente a un aluvión de historia y de acontecimientos de los que intentaba participar y que pretendía interpretar. Como acérrimo guardián de las palabras, Canetti fue transformando paulatinamente su existencia cotidiana en autobiografía, a sabiendas que la extinción física de una civilización puede traducirse, si a la muerte y a la desmemoria se les permite avanzar, en una crisis de valores de la que nunca se sale a salvo.

La memoria y el olvido

En una conversación con el filósofo Theodor W. Adorno, incluida en el libro



Elias Canetti.

Héctor Orestes Aguilar. Hizo estudios de música, comunicación y lingüística. Ensayista y narrador, colabora en diversas revistas, periódicos y suplementos, como *El Nacional*, *Casa del Tiempo*, *El Semanario*, *La Gaceta FCE* y *Biblioteca de México*. Es becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en la rama de ensayo.
